

La ficción más consagrada*

Fernando Castanedo

Desde que en septiembre del año pasado se publicó en los Estados Unidos el último libro de Harold Bloom, *The Western Canon*, las polémicas sobre su particular canon literario occidental no han cesado. Desafortunadamente estas controversias giraron en torno a los famosos listados que cerraban el volumen, arrumbando sin tapujos la cuestión, más fértil e interesante, de los criterios utilizados por Bloom para componer el canon, para avalar la inclusión o el rechazo de un autor y una obra en el fabuloso clan de los elegidos. Los criterios en cuestión —sublimidad, capacidad representativa y figurativa, grandeza espiritual, universalidad— son de por sí bastante controvertidos, pero al parecer los destellos de infatuación y desparpajo de que hace gala Bloom han logrado eclipsar la enjundia de sus postulados.

Algo parecido sucedió con la publicación, en 1990, de la obra de Bloom que acaba de traducirse al castellano: *El libro de J.* La hipótesis de trabajo que manejó aquí el crítico de Yale deslumbró de tal manera a toda una tradición exegética que sus argu-

* David Rosenberg y Harold Bloom, *El libro de J.* Traductores, Néstor Míguez y Marcelo Cohen. Barcelona, Interzona, 1995.

La Balsa de la Medusa, 35, 1995.

mentos pasaron a segundo plano. Su insoslayable gusto por la controversia y la paradoja, que él se ocupa de hacer bien patente, no debe sustraer al lector el interés que encierran sus propuestas, y en este sentido *El libro de J.* puede ser un buen campo de pruebas.

Antes de desvelar los entresijos de esta obra conviene advertir que la componen dos partes bien delimitadas. De un lado está la traducción de la veta bíblica atribuida al Yavista (también conocido como J. por dar a Dios el nombre de *Jehová*) que corre a cargo de David Rosenberg. Del otro están la interpretación y los comentarios a esta nueva traducción, y de ellos se encarga el crítico literario norteamericano Harold Bloom.

Respecto a la traducción de David Rosenberg —estupendamente vertida al español por Marcelo Cohen— sólo cabe congratularse, y por varias razones. En primer lugar, porque aísla y transmite únicamente el sustrato original que late en los tres primeros libros del *Pentateuco* o la *Torá* —la ley revelada por Dios a Moisés—: *Génesis*, *Éxodo* y *Números*.

Este aislamiento de lo atribuible a la pluma de J. tiene sus raíces en la crítica positivista germana del XIX, y con él no sólo se da un primer paso fundamental para la interpretación, que pretende ser exclusivamente literaria, de Harold Bloom. También se recobran un tono y un estilo primitivo que hacen de su lectura una experiencia menos cargada de tintes teológicos y quizá más próxima a nuestra sensibilidad secular. Por medio de presentes narrativos —«y helos aquí»—, de apóstrofes recurrentes —«mirad», «oíd»—, de la recuperación de figuras perdidas —Isaac no amaba a Esaú

«porque gustaba comer de sus cacerías», sino porque su «nombre le sabía bien en la boca» —el libro de J. recobra una vitalidad y, al mismo tiempo, una homogeneidad que es difícil percibir en versiones tuteladas de la Biblia—. Además, gracias a la supresión de los palimpsestos introducidos por instancias religiosas que pretendían adecuarlo a sus respectivas ortodoxias, aparece un autor mucho menos hierático que Moisés.

Llegados a este punto conviene pasar a la exégesis de Bloom, cuyo propósito fundamental es precisamente desvelar la identidad del Yavista o J. —la redacción de Moisés queda descargada como una «ficción sublime», pero muy poco verosímil—. Esta preocupación de Bloom nada tiene de novedosa: el papel del autor y el proceso creativo afloran como una constante en todas sus obras, y de ahí que la suya pueda llamarse una poética de *poiesis*. Por ello la «muerte del autor», tan defendida desde el estructuralismo de cuño más formalista, fue y sigue siendo su *bête noire*. En este contexto cobran sentido sus ataques a la tradición oral, a la deconstrucción como postulante de un «lenguaje demiúrgico», al estructuralismo como heredero directo de la deshumanización propia de las vanguardias y al historicismo que niega los valores diferenciales del hecho estético, que para Bloom es el producto de una imaginación portentosa y no el de una serie de contingencias sociales e ideológicas.

Bloom hereda el discurso de la imaginación como facultad creativa de la teoría literaria romántica, y esta herencia le lleva a sostener que en el

Libro de J. Yavé es sobre todo una hipótesis de la imaginación del mismo J. La influencia de Coleridge, por mucho que Bloom apele al magisterio de Samuel Johnson, se deja sentir. En esto comparte la causa común de la ansiedad padecida por buena parte de la teoría literaria anglosajona desde comienzos del siglo pasado.

Con estos dos antecedentes a la vista, la preocupación por la imaginación creadora y el gusto por la polémica, la hipótesis de Bloom no sorprenderá a nadie: el libro de J. fue escrito por una mujer que vivió a caballo entre el reinado de Salomón y los de Roboam y Jeroboam. Se trataría de una aristócrata activa en la segunda mitad del siglo décimo antes de Cristo y contemporánea del autor de *Samuel II*. El libro es una obra literaria y no religiosa, y la preocupación de su autora fue sobre todo la de representar la realidad, y no la de sentar las bases para una religión. Por ello Harold Bloom funda su hipótesis de trabajo en cuestiones de estilo y representación, y no de coherencia doctrinal o teológica.

Blom avala la atribución a una mujer apelando a un determinado tipo de ironía que, a su parecer, también puede detectarse en Jane Austen. Esta peculiar ironía de J. se define como la «yuxtaposición de inconmensurables», pero Bloom no abunda en ella ni para observar su parecido con la de Austen ni para distinguirla de la que está presente en Pope, Swift o Sterne, por ejemplo. Por lo que se refiere a la representación, las mujeres del relato de J. aparecen dotadas de una dureza y de una sagacidad que no tienen sus personajes masculinos. Pero

personajes femeninos de estas características abundan también en obras de autoría masculina: basta echar una ojeada a nuestro teatro del Siglo de Oro o pasear la mirada por el elenco de Clitemnestras, Penélopes o Psiques que pueblan la literatura clásica.

La hipótesis, creo yo, es bastante endeble, y despierta la sospecha de que el verdadero debate que a Bloom le interesa suscitar con *El libro de J.* no es el que parece. Harold Bloom ha recordado en varias ocasiones que la crítica literaria feminista denunció su conocida tesis de la ansiedad de la influencia por ser radicalmente patriarcal y masculina y, sin embargo, en este libro paradójicamente presenta una hipótesis que quizá no se habría formulado sin la creciente presencia de quienes la censuraron. Al señalar que esta tendencia crítica tacharía su conjetura de «esencialista» la cuestión del debate se aclara, aunque no por ello quede zanjada. La crítica literaria feminista lleva largo tiempo debatiéndose respecto a esta cuestión: por una parte, su posibilidad de ser queda supeditada a la creencia en el carácter sustancialmente distinto de la escritura producida por mujeres, pero, por otra, al esencializar esta diferencia, cae en el juego de las dualidades metafísicas que anhela desechar. La conciencia de esta imposición lógica ha revitalizado el tópico del lenguaje como jaula, haciendo en algunos casos del pensar moderno un nuevo escepticismo. Harold Bloom pretende desvelar en el *Libro de J.* rasgos estilísticos y modos de representación sustancialmente femeninos y, con el «esencialismo» al que dice acogerse, se adentra en la misma antinomia diseminativa que censura con rigor.

A mi entender el gran mérito de su exégesis se cifra, más que en la hipótesis de la autoría femenina, en su tratamiento literario de un texto rodeado de tabúes. Para afianzar esta perspectiva Bloom relata el proceso que permitió hacer del *Libro de J.* un código religioso, aunque en la mente de su autora o autor no hubiera tal pretensión. Con la intención de devolver al libro su carácter original de composición poética, Bloom recupera aquella máxima de Shelley en la que se afirmaba que los poetas son los verdaderos legisladores de la humanidad. Para él esta afirmación debería puntualizarse con un «a su pesar», ya que la diferencia entre un texto secular y uno sagrado no es literaria, sino social y política.

A la luz de lo dicho, Yavé debe contemplarse como el protagonista de la ficción compuesta por J. y no como un compendio de atributos teológicos que, por lo demás, no cesa de desmentir con sus palabras y sus acciones. Entre el Yavé prenормativo de J. y el de las ortodoxias posteriores hay diferencias sustanciales: mientras el primero aparece cargado de humor, caprichoso, violento y hasta infantil, es decir, antropomórfico, los segundos son ya el Dios omnisciente y omnipotente de nuestra tradición. En cualquier caso, Dios resulta ser el principal personaje literario de Occidente.

Pero, de nuevo, en ocasiones Bloom no puede eludir la larga serie de cuestiones teológicas que plantea la interpretación de un texto sacro. En este sentido su desacralización se compone de aciertos y de fracasos y,

con ello, Bloom se convierte en el paradigma de una sociedad que se debate entre aceptar las nuevas religiones florecientes, llámense *New Age* o gnosticismo —como en el caso del propio Bloom—, o mantenerse fiel a la secularización heredada del Siglo de las Luces. En un contexto más amplio la dialéctica de Bloom puede entenderse como el choque de un respeto casi fetichista por la tradición con el prurito moderno de originalidad. Bajo esta perspectiva, y si la cuestión no se transforma banalmente en un debate remozado entre los antiguos y los modernos. *El libro de J.* muestra la capacidad integradora de Bloom, su ingenio para acomodar, renovar y

trasmitir uno de los pilares literarios que sustentan la tradición. El proceso de reapropiación para la cultura secular de lo que durante dos milenios ha sido el texto sagrado de Occidente será por necesidad muy lento. Son muchos siglos de suspicacias, y más fuertes en nuestro país, frente a cualquier tratamiento de la Biblia. Se mira de lejos, con cierto reparo atávico y, por supuesto, no se toca. Un primer paso en esta desacralización sería cambiar la ubicación de este libro en los puntos de venta. Cuando fui a comprarlo me acerqué ingenuamente a la sección de literatura, y de allí me enviaron sin contemplaciones a la religión.